

mientras que, por el contrario, inconscientemente, se afirmaban en un divismo solitario que miraría peyorativamente al hombrillo común de la calle o los intereses rapaces de la política. La lucha de clases (como beligerancia salvadora) aparece desde este prisma como un ente abracadabrante, siglos ha muerto, optimismo aplastado en los años veinte. Como consecuencia, el nihilismo más devanescente y ombliguista, cuya única salvación será la masturbación de la palabra y la hipnosis de la belleza formal como sujeto. Pero surgirá una voz que, ante el producto ya editado, nos avisa de la inutilidad del esfuerzo: producto que no interesa, que nadie verá, que no será aclamado estimulando nuestra necesidad narcisista; la amargura de comprobar, una vez más, que no somos dioses soberbios, y que, por el contrario, nos importan los demás, el abrazo del hombre anónimo. Hijos de una cultura falsa, pues ha sido creada, no sólo por una clase salvajemente explotadora, pensando en un punto abstracto del vacío, lejos de la comunicación con el posible hombre real, lejos de una busca humilde de esa realidad colectiva, y si utilizada como transferencias e inhibiciones de represiones y tabúes que esa clase necesita imponer para gobernar y sacar su provecho metálico. Hijos contradictorios, desplazados o desarraigados ya de otra posible vía, pues la mente, la comprensión última del problema, no será capaz ni suficiente de transformar con su comprensión nuestros impulsos, nuestros sentimientos, nuestros estímulos. Biología y razón se oponen aquí, y ofrecerán hombres como Larko, cuyo desarraigo con la vida social es supremo, muy lejos de asentir, de verse realizado con sus aspiraciones colectivas. La actitud de Larko, sorprendido en medio de una manifestación de obreros y estudiantes, es deprimente, característica quizá de este tipo de intelectual que no ve más que el hecho pintoresco de la represión policial, sin asentir emotivamente con el problema, como si éste o él fuera de otro planeta; hasta que, viéndose directamente amenazado, huye aterrizado, como de una pesadilla, del castigo represivo del padre de la infancia al que aún no se odia y sólo se teme.

Podrían analizarse otras claves, muerte del padre y sexo; atracción hacia la belleza de la mujer, a la que es posible ver



aún sin contaminación, pero cuyo encuentro o contacto no irá más lejos de leves impresiones, inmediatamente borradas o reprimidas por la amenaza ética del padre de la infancia; la muerte del padre se opone a Marita, a la salvación posible que ella ofrece. A un tiempo, la muerte del padre, realiza, dibuja

perceptiblemente la soledad absoluta del hombre: se ha cortado el cordón umbilical, le han dejado definitivamente solo. Es absoluta la dependencia hacia el autoritarismo, de tal manera que se hace imposible seguir, pues si bien ha muerto el perro, también la rabia.

Pero a Larko y a gran parte

“Galeradas”: Ayuda al lector

Tres librerías de Madrid —Fuentetaja, Belagua y Rafael Alberti— se han unido para editar un boletín de información bibliográfica: “Galeradas”. Un poema inédito de Rafael Alberti, dedicado a Pasolini, abre el primer número, que lleva también una bibliografía sobre el asesinado creador italiano en castellano y catalán. Junto a ello, una relación crítica de colecciones de literatura infantil, una bibliografía sobre un tema tan actual como el de sindicalismo (más de cien títulos) y, finalmente, una guía de novedades.

Este primer número marca en cierta manera la pauta de lo que pretende ser este boletín, que tendrá por ahora una tirada de 5.000 ejemplares y se venderá exclusivamente en librerías. Más que un escueto boletín, función que desde luego cumple, “Galeradas” se presenta también como “revista cultural embrionaria”, y, como tal, aporta opiniones y textos originales, intentos de recuperación de autores más o menos olvidados, etc. De la unión de información y opinión, de la resultante de información con arreglo a un cierto criterio, la publicación que ahora comienza puede llevar al cumplimiento de una antigua función del librero, hoy casi desaparecida: la de orientar al lector —siendo a la vez banco de datos bibliográficos y consejero de lectura entre la selva de títulos que, afortunadamente, crece hoy en el mercado editorial español. ■ V. M. R.

de nosotros hay algo que nos enuncia la mente de una tímida náusea, la convicción, la certidumbre de nuestra impotencia, que cualquier gesto, cualquier palabra, cualquier hecho tiene una explicación previa, además de vulgar, que ha sido repetida millones de veces y que su origen es anterior a nosotros, al presente que los produce; al mismo tiempo, tenemos la certeza estadística de que hay un número cuantioso de individuos en el mundo que a la vez hacen lo mismo, piensan o sienten lo mismo; certeza o conocimiento este que desintegra nuestra identidad. ■ FEDERICO LOPEZ-PEREIRA.



Cantes de José Menese en la Galería Aele, de Madrid

Estaba bien elegido el sitio para presentar el nuevo disco de RCA con cantes de José Menese y con el título —misterioso título para un disco de “cante jondo”—, de “La palabra”. Estaba bien elegido también el título para la presentación de esos nuevos cantes, por dos razones: la primera, porque en esa galería hispánica de la América pobre se cultivan una amistad y una devoción por los artistas genuinos y, por supuesto, por los cantos genuinos; la segunda, porque se trata de una galería de arte moderno, es decir, como piensa el propio Menese, “de arte jondo”, porque, como me dijo en una ocasión frente a reproducciones de Tapies y de Saura... “... Yo no entiendo de esto, pero esto debe ser como ‘lo jondo’ de la pintura”.

Y estaba bien elegida la hora: Después de las diez y media de la noche y hasta la hora de los